

UNA DURA PRUEBA

Manuel Azurduy

Era casi la hora. Pensaba que al realizar el examen desde su ordenador, en casa, amortiguaría los nervios pero no fue así. Otro vistazo al reloj: le daba tiempo de una visita rápida al baño. ¿Cómo habrían previsto las múltiples opciones que este sistema ofrecía para copiar? Él y sus compañeros desde luego habían pensado mucho en ello. Sabían que tanto la cámara como el micrófono debían estar encendidos mientras durase la prueba, que la plataforma mediante la que escribirían no permitía copiar y pegar, y poco más. ¿Qué impedía que alguien, un familiar o amigo, sujetase los apuntes o un libro detrás de la pantalla? ¿Era posible verificar a través de una cámara de 4 megapíxeles (una resolución más bien baja) que los ojos se apartaban mínimamente y leían?

Demasiadas preguntas, demasiadas posibilidades abiertas, ¡y tan solo un minuto! Estrujó sus intestinos y aún pudo mirarse en el espejo y atusarse el pelo. «A saber quien verá esta grabación luego», pensó.

A la hora convenida la página le dio acceso a un breve formulario: nombre, DNI, carrera y código de la asignatura. «Cargando», subrayaba una espiral sin fin. En ese momento notó que la mano le sudaba horriblemente pese a habérsela lavado hacía unos segundos.

—No te preocupes —le habían dicho sus padres—. En situaciones así siempre se tiene manga ancha. ¿No ves que casi no habéis dado clase? Lo que pasa es que tienen que hacer algo para que conste; para figurar vamos.

¿Había habido situaciones así? Por otra parte, en cuanto leyó el enunciado de la primera pregunta, se le hizo patente un vago temor que ya le perseguía: ¿qué sabían sus padres de exámenes y la universidad si ambos dejaron los estudios en la adolescencia?

«Según las Investigaciones Filosóficas de Wittgenstein, la idea de que una regla se puede seguir de forma privada es:

- a) Coherente

- b) Ambigua
- c) Inconsistente
- d) Ilógica
- e) Todas las opciones son falsas».

Un examen de Filosofía tipo test ya resultaba de por sí inadecuado. No se puede restringir así el pensamiento. Si algo enseña la Filosofía es que hay matices, zonas grises, puntos de encuentro; se trata, en definitiva, de mantener un diálogo abierto.

Aquí se veía obligado a meter con calzador una respuesta que (estaba seguro de ello) ni tan siquiera a Wittgenstein habría satisfecho completamente. Para colmo de males el gran filósofo austríaco no contaba con la simpatía del joven estudiante: «Dos obras famosas y en una contradice lo que ha dicho en la otra —se repetía a sí mismo—. Así siempre gana. No es serio».

Marcó la opción c y siguió adelante.

El intrincado laberinto del lenguaje (si todas las opciones son falsas, ¿esa propia opción es falsa también y por lo tanto autocontradictoria?) le invitaba a profundizar en los pequeños detalles y evadirse, esto es, a dejar varias respuestas en blanco. Las excusas y el derrotismo se multiplicaban en su mente: «Tenía razón Marcos: un sistema de vibración tipo código Morse atado a la pierna y las lecciones codificadas y a campeonar», «a fin de cuentas, con la que está cayendo, ¿a quién le importa un examen?», «¿qué tal estará el tío de Julián? Con lo fuerte que es ese hombre...».

Lo cierto es que había malgastado el tiempo durante el encierro: muchas videollamadas en grupo por las noches, muchos videojuegos y la sensación de que el futuro que había previsto se difuminaba detrás de mascarillas y cifras. ¿Valía la pena preocuparse por los estudios en medio de una urgencia médica mundial? Las preguntas, siempre las malditas preguntas.

Repasó el formulario: de las cuarenta cuestiones, había dejado un tercio en blanco, confiaba en haber acertado otro tercio y en el restante tenía dudas. Un hondo suspiro quedó inmortalizado en la grabación.

Se terminó el tiempo y con la frialdad propia de una época basada en las computadoras, la automatización, lo virtual y la eliminación de las distancias, la plataforma guardó, cerró y envió el examen. Nadie a quien pedir cinco minutos más; nadie con quien cotejar los resultados. Aunque el teléfono enseguida se llenó de mensajes. A falta de cariño, calidez, trato humano o como se lo quiera llamar, distracción: no miremos atrás ni adelante; embriaguémonos en emociones fáciles y satisfactorias; dejemos que otros se ocupen de pensar: lo que importa es sentir. Es la norma que debe seguir quien todavía sea joven.

Aún estaba comentando las respuestas en el chat de grupo que tenían cuando entró su madre con los ojos rojos: les habían llamado de la residencia para comunicar que su abuelo había dado positivo por coronavirus. Las palabras se le cortaban en un intenso y angustioso hipar, las lágrimas pasaron de esporádicas a torrenciales y él se percató de que nunca antes había visto a su madre así. En cierto modo, todavía conservaba esa inocencia infantil respecto a sus padres: nunca se equivocaban, nunca sufrían, siempre estarían ahí; un padre debe cuidar de sus hijos, es lo natural. Por primera vez atisbó que llegaría un día, tal vez pronto, en que sería él quien los acompañaría al médico, haría sus gestiones y, en definitiva, aportaría la necesaria seguridad y confianza de saber lo que hay que hacer. Y pensó en que había una regla (¿privada?) no escrita que dictaba que, incluso en la tragedia, saber que estás acompañado es preferible a disfrutar de la prosperidad en soledad.